

agrícola, que producía la recolección general, se eximia de las contribuciones directas, mediante un donativo, al que se daba el epíteto de *gracioso*, para dar á entender que era mas bien *voluntario* que obligatorio, el cual apenas ascendía á la cantidad de once millones. Los nobles pagaban la capitación y el medio diezmo, pero con respecto á su cantidad, no se daba lugar á investigación ninguna, pues era menester, segun el sistema de entonces, atenerse únicamente á sus declaraciones. Todo lo que va dicho producía aquella desigualdad escandalosa é irritante, que no se escapaba á los ojos de ninguno; la talla que podía aumentarse arbitrariamente por el monarca, y por los que componían su consejo, daban cierta marca de abyección á los que debían satisfacerla, pues se les sujetaba á ella, porque pertenecían á la clase ínfima; en efecto, toda especie de atropello en su exacción se creía permitido, tratándose de gente que no disfrutaba de ningún derecho.

Las rentas públicas en su mayor parte procedían de las contribuciones directas, como portazgos, a luanas, derechos de consumo, las rentas estancadas de la sal y del tabaco, la de correos y otras semejantes, las cuales reunidas formaban la suma de trescientos millones de francos. La mayor parte de estas contribuciones gravitaban sobre la clase proletaria, pues nadie ignora que el consumo está en razón directa de las bocas y no de los recursos; y el padre que tiene mayor número de hijos, el artesano en cuyo taller trabajan mas oficiales, paga una cantidad mas alzada que el millonario.

En las arcas del tesoro público ingresaban cerca de ochenta millones de francos, que pagaba la sola ciudad de París; suma mas considerable de lo que producían las rentas públicas de Cerdeña, Suecia y Dinamarca todas juntas. Esta carga pesaba sobre la última clase del pueblo, porque no disfrutaba de ninguna clase de escenciones.

Algunas sociedades particulares, entre las cuales estaban interesados los cortesanos tomaban en arrendamiento las contribuciones indirectas, y hacían de manera que se contratasen á precios muy reducidos, enriqueciéndose en perjuicio de la pobreza de la nación entera; y los arrendadores que habían cobrado cuantiosas sumas, ofrecían al monarca al término del año en un bolsillo de terciopelo una parte de sus utilidades: verdadera gratificación que se le presentaba con el objeto de encubrir la pobreza estremada del pueblo. Lo que contribuía aun mas á agravar el pesado yugo de tanta opresión, era la diferencia que mediaba entre las mismas contribuciones, las gabelas que se pagaban en la ciudad, eran muy distintas de las que se pagaban en el campo; unas gravitaban sobre el plebeyo y otras sobre el noble; unas sobre el artesano y otras sobre el proletario, y en resolución, el sistema de impuestos cambiaba de provincia en provincia. En efecto, en algunas de ellas la sal valía de

ocho á nueve francos el quintal, en otras diez y seis, y en otras hasta sesenta y dos: gran aliciente para el contrabando, en que tomaban parte un gran tropel de bandidos. A consecuencia de un sistema tan enmarañado, conocido únicamente por los asentistas, el contribuyente no sabía nunca á qué atenerse, ni lo que debía satisfacer, ni en fuerza de qué ley; de suerte que se le hacía imposible fundar sus reclamaciones y oponerse al capricho de los aduaneros, gente soez y ávida. Los arrendadores alegando que no podían salir de sus compromisos si no se les facilitaban los medios de recaudación, lograban el ejercicio de un poder sin límites; ponían preso arbitrariamente á cualquiera, y sujetaban á castigos severos y bárbaros á los contrabandistas. Si un recaudador de contribuciones públicas no satisfacía al fisco, se ponían en prisión los cuatro mayores contribuyentes, y no se les dejaba en libertad hasta que se solventaba totalmente la deuda. En ciertas circunstancias se aplicó por motivos semejantes la pena de muerte y el suplicio de la rueda: los presidios estaban atestados de saladores culpados de haber usado sal de contrabando (1). Un subterráneo en Bicêtre (2), oscuro, y en donde á duras penas se podía respirar por falta de aire, destinado á los mayores criminales, que podían sustraerse de la horca tan solo delatando á sus cómplices, porque se les creía inmerecedores de toda especie de compasión, sirvió de calabozo por el trascurso de seis semanas á un individuo aprisionado por contrabandista, el cual, á pesar de que había sido encarcelado por meras sospechas, no pudo nunca lograr una reparación de los asentistas que lo podían todo.

Pesaban tambien otros gravámenes sobre el pueblo, como trabajos para la buena conservación de los caminos, y la obligación de permitir á comisionados especiales que recogieran el salitre en las casas, en donde se introducían, devastándolo todo, si los dueños no se avenían á rescatarse de aquel gravamen, pagando cantidades muy considerables.

El monopolio dominaba en todos los ramos de la industria, y se extendían por do quiera los abusos de gremios y maestrías que la imponían trabas. En Ruan era permitido tan solo á una sociedad, que se componía de ciento doce mercaderes, traficar en granos; cuatrocientos noventa mozos tenían el privilegio esclusivo de trasportarlos, y solo cinco molinos podían molerlos. Si se importaba en Marsella vino de otro territorio, se pegaba fuego al carro en que se había trasportado, se regalaba al carretero con una buena paliza, y se vertía el vino. "Así es como un sórdido interes, alterando todas las reglas de la moral y de la equidad, solicita y consigue

[1] Colonne dice que se mandaban á presidio quinientos al año; Necker afirma que no escedían el número de trescientos.

[2] Famosa prisión en Marsella.

la aplicación de penas infamantes contra infracciones que redundan únicamente en su perjuicio, y que la justicia aplica en otras circunstancias al delito, contra su voluntad, y únicamente porque la seguridad pública lo requiere."

Esto decía Turgot, el cual deseaba cicatrizar llagas tan hondas. Este ministro, cuyos juicios llevaban el timbre de un carácter independiente, este ministro, libre en sus pensamientos, pero temerario, lleno de moderación y no condescendiente, enemigo de los abusos pero sin declamar contra ellos, rectificaba las ideas de su época, y les añadía algo de lo suyo. Tuvo bastante fuerza de ánimo para sustraerse hasta del predominio de Voltaire, discutiendo con gravedad dogmática sobre argumentos que éste trataba en un estilo satírico-jocoso [1]. Usando de una buena lógica dió nuevo vigor al sentido comun, y aclarando las ideas enmarañadas de aquella época, que hacían una extraña mezcla del mal con el bien y del error con la verdad, las convirtió en ciencia exacta. Intimo amigo de Quesnay y de Gournay, pretendía hermanar las opiniones de los economistas y fisiócratas, pero no sabía salir de la esfera de aquel egoísmo mezquino, que le obligaba á poner coto á su benevolencia para con los pobres, á fin de escuchar con su protección á los fuertes que se acogían con malicia á estas palabras: *dejañ hacer*. Herido su corazón del estado de miseria en que yacían los aldeanos agobiados con los diezmos, y del estado muy calamitoso de los obreros, que perecían de hambre mientras proporcionaban riquezas á sus amos, no cesó un solo instante de proclamar con multiplicados edictos *libertad de comercio y de industria*; para que los consumidores no llevasen la carga de todas las contribuciones, quería reducir las á una sola carga que comprendiese tambien al clero y á los nobles; cerró el mayor número de los monasterios, y aseguró una decente subsistencia á los curas párrocos; sustrajo la autoridad civil de toda dependencia de la eclesiástica; introdujo reformas en la instrucción pública é invocó el consejo de los doctos en negocios de Estado. Cuando abolió las corveas y las corporaciones de gremios y maestrías, emancipando completamente á los trabajadores, exclamó: "Habiendo ordenado la Divinidad las cosas de modo que fuese indispensable al hombre trabajar para satisfacer las necesidades que ella misma le ha dado, concedió á todos un derecho al trabajo, que es su *primera, sagrada* é imprescriptible propiedad."

En vez de sujetar el interes del dinero á restricciones perjudiciales, procuró sustraer á los comerciantes de la usura, estableciendo una caja de descuento: institución muy

oportuna para poner coto á las excesivas pretensiones de los capitalistas. Entraba tambien en sus proyectos dar publicidad á las hipotecas; dar uniformidad á las pesas y medidas; formular un código penal, fundado en teorías mas equitativas; sustituir al fárrago de todas las prácticas consuetudinarias un código civil; establecer administraciones provinciales, que entrando en combinación con los municipios tomasen las providencias oportunas para el bien particular, y finalmente, rescatar las rentas feudales sin causar perjuicio á la propiedad individual. Pero la bondad de su corazón carecía de aquella fuerza expansiva tan necesaria para poner en práctica las teorías; y por lo tanto, á pesar de que anhelaba rejuvenecer el país, y habria podido acaso conseguirlo con su ingenio, firmeza y perseverancia, sin apelar al medio de la trasfusión de la sangre (1), siguió absolutamente los principios sin separarse de la moda, y en la rectitud de sus intenciones echaba en olvido, que tenia que habérselas con hombres: en efecto, encontró fuertes resistencias. Los hacendistas decían: ¿Por qué dar á las cosas otro rumbo? no estamos bien siguiendo el mismo sistema? Los nobles añadían: Si el monarca nos veda ahora el mandar trabajar á los campesinos, ¿no podrá mañana imponernos la obligación de trabajar por nosotros mismos? Los jefes de gremios creían que la supresión de las maestrías favoreciera las manufacturas inglesas; las personas de las clases elevadas miraban esta disposición como una venganza de los plebeyos; el parlamento, que quería á cada paso hacer alarde de su independencia, oponiéndose á todas las innovaciones, no quiso registrar los edictos populares en que se suprimían las maestrías y los servicios personales en los caminos reales, y Turgot tuvo que acudir á la fuerza y al solio de justicia para quitar del medio semejante obstáculo (2).

Pero á estas resistencias dictadas por un torpe interes, se añadían otras que se apoyaban en buenas razones. Turgot, dominado por los errores de su escuela, que creía ser la fuente de toda riqueza la sola agricul-

(1) En la edad media se creía, y aun hoy se cree por algunos, poder rejuvenecer á un anciano inyectando en sus venas la sangre estraida del cuerpo de un jóven robusto: ahora bien, nuestro autor hablando de Turgot y del anhelo que este tenia de regenerar la Francia, ha querido servir-se de la espresion alegórica, "sin apelar al medio de la trasfusión de la sangre," para dar á entender, que aquel ministro tenia fuerza bastante en sí mismo para regenerar su patria sin acudir á medios extraordinarios.

[Nota del traductor.]

(2) *Letto de giustizia*, literalmente *lecho de justicia*: llamábase así tambien la sesión extraordinaria, que el rey presidía desde su trono, en el parlamento.

tura, desconocía el mucho influjo que ejerce el crédito público sobre la prosperidad, y que era lícito tomar cantidades con anticipación sobre los ingresos anuales: pensó, pues, que aboliendo todas las contribuciones y ateniéndose únicamente á la territorial, ésta recaería tan solo sobre el *producto neto*. Esta contribución única aterró en gran manera á los propietarios, porque no sujetando á ninguna especie de imposición los capitales creados por la industria, causaba desde luego la ruina de la agricultura, á la que quería favorecerse, y quitaba al Estado el inmenso sacrificio que sacaba de las contribuciones indirectas.

Habiendo observado que las trabas impuestas á la circulación interior de los granos ocasionaban escasez en algunas partes, mientras que por otro lado se atestaban de aquel género los graneros públicos, Turgot declaró libre este ramo del comercio; pero esta medida adoptada en un país cuyo sistema se apoyaba en las prohibiciones, equivalía á imitar bajo otro punto de vista á los filósofos, que pregonaban en alta voz la impiedad donde la devoción se había conaturado. Pero siguieron desdichadamente á esta innovación algunos años de carestía, que el vulgo los tomó como una consecuencia de la libertad del comercio de granos; por lo cual una gran multitud de gente acudió á Versalles pidiendo con gran vocerío pan barato. El parlamento apoyó los lamentos del vulgo, y Turgot se vió en la precisión de mandar tropas para sofocar el tumulto. Pero en esta circunstancia la aristocracia, los artesanos y el pueblo, descargaron todos juntos su odio contra el ministro.

Luis experimentaba gran satisfacción conversando con Turgot y Malesherbes acerca de la felicidad que quería proporcionar á su pueblo; elogiaba consejos que entendía á medias, y para cuya ejecución no tenía suficiente energía; cuando le noticiaban los desórdenes, su corazón se enternecía, al paso que se regocijaba cuando le proponían remedios. Un día, dirigiéndose á Turgot, le dijo: ¿veis como también yo trabajo? y le presentó un proyecto que había formulado para extirpar los conejos que dañaban la hortaliza. En otra circunstancia, oyendo en una gran sesión del parlamento varias reclamaciones, dijo con énfasis: Turgot y yo somos los únicos que amamos al pueblo.

Todo aquello que causaba espanto á su natural debilidad, aterraba su conciencia, y un acto de justicia se presentaba á su imaginación como un acto de tiranía; y á pesar de que se había comprometido en apoyar al ministro, no se opuso á que Malesherbes se retirase para volverlo á ver mas adelante á su lado junto al cadalso. A Turgot, despues de haber tenido por poco tiempo la cartera de ministro, y de haber logrado nombrarla mas bien por sus buenas y rectas intenciones que por sus actos, se le hizo dimitir su cargo, y este varon no tuvo mas aflicción,

separándose del ministerio, que la de no haber podido aliviar los padecimientos del pueblo, y de ver que la revolución se acercaba cada dia mas con pasos precipitados. Vos, le dijo el monarca, sois mas dichoso que yo, porque tenéis á lo menos la libertad de poder renunciar. Voltaire le granjeó en su desgracia el afecto popular, saliendo al encuentro de aquel ex-ministro, y diciéndole: *dejadme besar esta mano que firmó la salvación del pueblo* (1).

Quitando la cartera á Turgot, Luis se retraía de las ideas de bien público, manifestaba un titubear funesto, y se ponía en la precisión de tratar los negocios bajo la dirección de las medianías, inspirándole ya temor los varones eminentes. Clugny, que reemplazó á Turgot, destruyó todo el edificio construido por su predecesor, y llegó hasta establecer el inmoral juego de la lotería; por lo que, cuando fué sustituido por Jacobo Necker, ginebrino, protestante y banquero extranjero, á pesar de que se lastimaron en este nombramiento todas las prácticas acostumbradas, los innovadores se regocijaron en gran manera de su elección. Necker, que había acumulado riquezas en el comercio, había dado á conocer en su *Elogio de Colbert*, que entendía las combinaciones hacendistas de mayor trascendencia. En la *Legislación de granos* usó las armas de una crítica elocuente y moderada contra Turgot y los economistas, que á la sazón gozaban de gran fama, rompiendo el velo que encubría las palabras retumbantes de que se servían para apaciguar los dolores de la multitud. La sociedad escogida de que su esposa, culta y filántropa, había sabido rodearse, había granjeado también á Necker la reputación de hombre hábil é íntegro, por lo que los negociantes y capitalistas tenían mucha confianza en este nuevo ministro, el cual por lo demas los necesitaba para reponer su caja. Anhelaba hacer gala de la mucha experiencia que había adquirido, aplicándola en un vasto campo; pero cuando vino al terreno de la práctica, se vió que su mérito era muy inferior á su vanidad, pues sus remedios no fueron mas que paliativos aplicados á enfermedades orgánicas.

Las deudas que habían dejado los monarcas anteriores, y los preparativos de la guerra contra los ingleses, eran lo bastante para

(1) Malesherbes consignaba por escrito estas palabras: "Turgot y yo éramos dos hidalgos muy honrados, muy enterados de los negocios, y muy amantes del bien. ¿Quién dudaría de que lo mas acertado que podía hacerse era nuestra elección? Y no obstante, no teniendo mas conocimiento de los hombres que el que dan los libros, y careciendo de habilidad para los negocios, nuestro gobierno fué malo... á pesar nuestro y sin conocerlo, dimos impulso á la revolución." Ministros de mi patria ó aspirantes á ocupar la silla ministerial, tomad estas palabras como dirigidas á vosotros.

explicar el mal estado del tesoro público. Necker, que había estudiado superficialmente la economía de la Gran Bretaña, y tenía cierto prurito de oponerse á lo que Turgot había hecho, se figuró que podía remediarlo todo por medio de empréstitos, cuyos intereses, que pesarian sobre el Estado, se pagasen con economías: sistema fatal, porque exageraba los efectos del crédito público sin basarlo en sólidos cimientos. Su mucha reputación le proporcionó desde luego prestamistas; ahorró para sí la cantidad de seis millones; puso en juego mil resortes industriales para nivelar los gastos con los ingresos, y podemos suponer por lo menos que se ilusionó hasta el punto de creer que podría conseguirlo. Turgot suponía que el gobierno había cumplido con su obligación quitando del medio las trabas y adoptando el principio de *dejar hacer*; Necker pretendía establecer una administración laboriosa, toda aplicada al bien del pueblo, atenta y cuidadosa para con los débiles, y siempre pronta á salir á su defensa para proporcionarles pan y trabajo. Estableció asambleas provinciales encargadas de repartir las contribuciones, de cuidar de los caminos y de proponer lo que reputasen mas á propósito para el bien público. Estas asambleas, que se correspondían con el ministro de hacienda, y que no tenían carácter representativo ni ninguna especie de correspondencia directa con el monarca, contribuyeron sin embargo al bienestar público en que tomaron parte también los ciudadanos, al paso que antes todo estaba confiado á unos cuantos agentes del poder.

Fué otra innovación el permiso que Necker tuvo del monarca para publicar las cuentas que presentó en 1781: apelación, por cierto muy arriesgada á la opinión pública (1) pero originada del buen deseo de cimentar el crédito sobre la base mas sólida, á saber, sobre la pública confianza. Aquellas cuentas patentizaban que en el trascurso de cuatro años se había disminuido el déficit anual de veintisiete millones de francos, y que se había hecho una economía de diez mas, sin imponer nuevas contribuciones, y tan solo por medio de empréstitos hábilmente combinados y de minuciosos ahorros (2)

(1) Vergennes dirigía al monarca estas palabras: "la Francia es una monarquía absoluta: si Necker llegase á sostenerse, apoyándose en el voto de la opinión pública, á V. M. no debería causar maravilla, si los que ahora obedecen y los que mandan trocasen sus papeles, ocupando los primeros el puesto de los segundos, y vice-versa." Soulavie, Mem. hist. sur le régné de Louis XVI, págs. 208, 213.

(2) Los datos siguientes están entresacados de la *Administración de la hacienda de Necker*. Estension del territorio francés, sin contar la Córcega, veintiseis mil novecientos cincuenta y una leguas cuadradas de veinticinco al grado. Poblacion veinticuatro millones seiscientos se

Las cifras numéricas espresan lo que á cualquiera se le antoja que espresen. Un crecido número de errores se deslizaron, y un sinnúmero de omisiones hubo en las cuentas referidas, fuese por malicia ó por ilusión; pero su aire de ingenuidad podía reemplazar aquella especie de confusión que se notaba en ellas. Llamó en gran manera la atención del público y la comun admiración el ver por primera vez sacar á luz los negocios ocultos del Estado y los elementos de fuerza y de debilidad que constituían su gobierno; los cálculos hermanados con la moral; los guarismos con nobles ideas, y las partidas de cargo y data con reflexiones filosóficas. Las cuentas, de que va hecho mérito, fueron leídas en todos los salones y gabinetes, y cada cual disertaba, charlaba, ó hacia comentarios sobre materias de hacienda y legislación. Pero aquella publicación, que con menoscabo del lustre del monarca, todo el mérito de las operaciones se atribuía al ministro, ocasionó disgustos á los hombres juiciosos y previsores, y la idea de una repartición uniforme de todas las contribuciones públicas tampoco encontró eco; por lo que viendo Necker, que se levantaba una oposición contra él, dimitió su cartera, y el pueblo, que le tenía ya particular afecto, entonces lo idolatró.

Es cierto, que tan solo Turgot y Necker habrían podido evitar los funestos efectos de una revolución, quitando del medio los pretestos que la hicieron estallar. Estos dos ministros anhelaban entrambos el bien público, pero Turgot era en sus deseos enteramente desinteresado, al paso que Necker era estimulado por la ambición de gloria. Despues que ellos dimitieron su cargo no hubo mas ministros reformadores, sino cortesanos que tuvieron la cartera ministerial bajo la influencia de María Antonieta, que no encontró ya obstáculos que se opusiesen á su poder.

Un consejo de hacienda nuevamente establecido lo empeoró todo, y el tesoro público se halló con un déficit de doscientos diez millones con motivo de la guerra, y de ochenta por gastos que se derivaban de otras

tenta y seis mil habitantes, ó sean novecientos diez y seis por legua cuadrada.

Ascendían las contribuciones á quinientos ochenta y cuatro millones cuatrocientos mil francos, esto es veintin mil seiscientos ochenta y cuatro por legua cuadrada, y veinticuatro francos ocho céntimos por habitante.

Los gastos formaban la suma de seiscientos diez y seis millones.

La cuenta presentada por Turgot en 1775, y que es la única que no se ha tachado de engañosa, presentaba como gastos cuatrocientos catorce millones, cuatrocientos cuarenta y cinco mil ciento sesenta y tres francos.

Como ingresos. 377.287,637

Habia, pues un déficit de. 37.157,256

circunstancias: y finalmente, se habían consumido de antemano sobre las rentas del año posterior ciento setenta y ocho millones, añadiéndose á lo que va dicho el descubier-to ordinario de ochenta millones. Pero, si el carácter austero de Necker había aterrado los ánimos, y la medianía de los que le habían sucedido ocasionó desaliento, Carlos Calonne, que debió la cartera de hacienda á las intrigas de corte, tranquilizó á todos con su franco atrevimiento. Este hombre ingenioso trataba con aire desenvuelto, y como por diversion, los asuntos que los otros consideraban como un trabajo hercúleo, y la ligereza con que manejaba los negocios mas importantes, aun cuando tuviesen referencia á la virtud, le granjeó el crédito de ministro hábil. No dejaba nunca de asistir á los saraos de María Antonieta y del conde de Artois, sin cuidarse del día de mañana; prodigaba favores á sus recomendados, y sabia proporcionarse dinero tanto para satisfacer los desórdenes de éstos, como para rodear á Paris de muros, y comprar á Saint-Cloud para el monarca y Rambouillet para la reina. A ésta dijo en cierta ocasion: *si lo que V. M. quiere es posible, téngalo por hecho; si es imposible, se hará.* La confianza que este ministro tenia en sí mismo, llegó á inspirarla á los demas; imaginó modos completamente nuevos de hacerse con dinero, los cuales salieron segun sus deseos, porque todas las novedades tienen en Francia un éxito feliz; dió cierta actividad á la circulacion del dinero, y de esta manera llegó á ser idolatrado en Paris, porque toda la poblacion creyó ver personificado en Calonne el genio de la esperanza segun se lo había concebido en aquella época. Pero cuando se tenia por seguro que todo estaba ya arreglado, se desgarró el velo, y se halló un aumento de mil seiscientos millones en la deuda pública.

OPOSICION.—LA NOBLEZA.—LA FRANCMASONERIA.—MARIA ANTONIETA.

Todo lo que va dicho daba pábulo ó fuerza á los lamentos; y la juventud aristocrática, que se había empapado en ideas republicanas peleando en el otro hemisferio, unia sus reclamaciones, alguna que otra vez serias, y muy á menudo mofadoras, á las del Estado llano. La delicadeza excesiva de las costumbres había generalizado cierta benevolencia y cierta igualdad que tenia algo de inglés y de americano. La moda de las casacas redondas y de las melenas cedía su lugar á la de los jubones y del pelo cortado, y á cualquier hidalgo era permitido presentarse á ciertas horas en público sin ceñir la espada. El acatamiento á los elevados linajes perdía cada vez mas su vigor; y los plebeyos, que ya tomaban parte en los consejos y en los ramos administrativos se enlazaban en parentesco con familias de ilustre estirpe. En los banquetes y en las numerosas tertulias se entablaban discusiones sobre toda clase

de argumentos, ya haciendo gala de pedanteria filosófica, ya de aquella especie de sensibilidad propia de los economistas; pero todos los discursos manifestaban la tendencia hácia las mejoras y los fines mas generosos, en la viva esperanza de que las generaciones futuras no dejarían de colmar de bendiciones á la generacion presente. En la paz de los Estados-Unidos de América se notó el triunfo que habían conseguido las tendencias cosmopolitas que animaban á todos, y los varones mas discretos se regocijaron de aquel acontecimiento, sin llegar á penetrar los peligros que acarrearía consigo el cercenamiento de la autoridad. Eran objeto de altos encomios las instituciones americanas é inglesas, y se exageraba por doquiera la necesidad de aclimatarlas en Francia; pero esto no disminuía el afecto á la monarquía hereditaria del país: aquellos innovadores, que no merecían sin embargo el nombre de facciosos, anhelaban subir á la tribuna únicamente para hacer pompa de elocuencia y de los conocimientos que cada uno de ellos suponía poseer.

“Los que pertenecemos al gremio de la nobleza, dice Segur, sin apetecer lo pasado, sin desasosiego en cuanto al porvenir, marchábamos regocijadamente sobre una alfombra de flores que ocultaba á nuestra vista el abismo. Censores chistosos de las modas añejas, de la altivez feudal de nuestros antepasados y de la gravedad de su ceremonial, todo lo que era antiguo se presentaba á nuestros ojos como revestido de ridiculez y empalagoso; la seriedad de las doctrinas de otra época se nos hacia muy pesada, al paso que la filosofía burlona de Voltaire nos halagaba en gran manera; y sin cuidarnos de penetrar la profundidad de la filosofía, que escritores muy graves habían tratado, la admirábamos tan solo porque llevaba el timbre de una fuerza de resistencia valerosa contra las arbitrariedades.”

“La extrema sencillez del vestir inglés nos libertaba de la sujecion de un esplendor molesto por sus minuciosos requisitos en la vida privada. Ocupando todas nuestras horas en las grandes reuniones, en los saraos, en las diversiones, en los deberes no incómodos de la corte, y en los que nos imponía la milicia con sus guarniciones, gozábamos descuidadamente así las ventajas que nos habían quedado de las antiguas instituciones, como la libertad que nos proporcionaban las costumbres recientemente introducidas; y los dos sistemas nos agradaban al mismo tiempo, pues uno lisonjeaba nuestra vanidad, y otro se mostraba condescendiente con nuestra inclinacion á los solaces.”

“Conversando en nuestros castillos con los villanos, guardias y jueces, encontrábamos los restos de la autoridad feudal que en tiempos pasados poseyeron nuestros abuelos; gozábamos en la corte y en las ciudades las distinciones que se tributaban á nuestra cuna; ensalzados en los campos tan solo por el

prestigio de nuestro nombre, á los grados mas elevados, y habiendo adquirido ya bastante libertad para rozarnos sin pompa ni etiquetas con cualquiera de nuestros conciudadanos, y para saborear las dulzuras de la igualdad plebeya, veíamos deslizar el corto abril de nuestros años rodeado de un círculo de ilusiones, y acompañado de una especie de bienaventuranza que jamas nos había sido concedida. Y para que nuestros días corrieran felices, se enlazaban al mismo tiempo á nuestros alrededores, libertad, trono, aristocracia, democracia, preocupaciones, razon, novedades, filosofía. Un despertar tan horrible no tuvo nunca por precursores un sopor tan suave y sueños tan lisonjeros....”

“En ninguna otra circunstancia se había notado tanta discrepancia de opiniones y tanta diversidad de gustos y costumbres; en las academias cobraban aplausos los pensamientos filantrópicos, las diatribas que tomaban por blanco la vanagloria, y los votos de paz perpetua, mientras que fuera de sus umbrales no había mas que intrigas, ni se oía otra cosa sino declamaciones, que pretendían con su violencia incitar al gobierno á la guerra. Cada cual ponía todos sus resortes en juego para sobrepujar á los demas en lujo, y sin embargo, no se dejaba de gastar el tiempo en parlerías, en que con tono republicano se afectaba igualdad; ni jamas se notó en la corte mayor ostentacion de magnificencia y un poder mas reducido. Prodigábase la censura contra los potentados de Versalles, y se lisonjeaba á los de la Enciclopedia; la distincion mas especial de un príncipe no podía competir de ninguna manera con la mucha estimacion que daba á una sola palabra laudatoria de D'Alembert ó Diderot. Los prelados abandonaban sus diócesis para lograr con intrigas y arterías una silla ministerial; los abates empleaban su pluma en escribir versos y novelas escandalosas; en la corte encontraban eco las sentencias republicanas de *Bruto*: los reyes patrocinaban la causa de un pueblo insurreccionado contra su monarca, y se entablaban discursos de independencia en los campamentos, de democracia entre los aristócratas, de filosofía en los saraos, y de moral en los gabinetes destinados á la voluptuosidad.”

“La indulgencia y la confianza son un producto de la felicidad del hombre, y con este motivo se dejaban circular sin obstáculos todos los escritos que insinuaban reformas; todos los proyectos que tenían por objeto introducir innovaciones; los pensamientos, que se manifestaban mas liberales y los sistemas que se podían calificar de mas atrevidos. Todos estaban persuadidos de que corrían á la perfeccion, y no tomaban en consideracion los obstáculos, ufanos de ser franceses, y lo que es aun mas, franceses del siglo XVIII, que en nuestra opinion era la edad de oro restablecida en este mundo por la nueva filosofía.”

HISTORIA.—14.

“En todas las universidades y academias de Europa se hacia eco á la filosofía francesa; el amor á la libertad se convertía paulatinamente en sentimiento general; los parlamentos fallaban la condena de un libro cualquiera, porque se lo mandaba el deber ó la costumbre; pero sus reclamaciones y las maneras hostiles con que se oponían al ministerio, hacían mas mella en la opinion pública que las mismas condenas contra los autores.”

“El anhelo de aquella imitacion universal de las modas y costumbres de la Gran Bretaña, lejos de ser un triunfo decretado en homenaje de la sencillez del gusto inglés, de su industria y de su superioridad en las artes, era mas bien la manifestacion de un sentimiento muy diverso, que cada día mas corría á su madurez, á saber: el anhelo de ver trasladadas á Francia las instituciones y la libertad de Inglaterra.... Empezaron á ser de moda los *clubs*, donde se celebraban reuniones no todavía para entablar discusiones, sino para pasar el rato comiendo, jugando al whist y leyendo nuevas producciones: primer paso en que no se reparó, y que no obstante acarreó consecuencias considerables y muy funestas por el pronto. Fué su primer resultado alejar á los hombres del bello sexo, alterando sobremanera nuestras costumbres, que tomaron un tono menos frívolo, pero asimismo menos urbano, mas enérgico y menos cortés, con provecho por cierto de la política, pero con menoscabo de la sociabilidad. Todas las tendencias se dirigían hácia los asuntos serios; y al partido filosófico, que se encaminaba á la revolucion, se juntaban personas muy distinguidas, cuyos intentos no tenían nada de comun con las doctrinas de los filósofos.”

“Esta marcha progresiva de la igualdad, el acatamiento que se rendía indistintamente á todo mérito personal, la fuerte emocion que despertaban las grandezas tanto literarias como filosóficas, exaltaban la imaginacion de los vates, de los artistas y de los escritores (1).”

(1) Segur, *Mémoires*.—En aquella época [1782] el célebre caballero de industria Casanova, natural de Venecia, habiendo visto por segunda vez á Paris, decía lo siguiente: “Paris es una ciudad á propósito para todo el mundo, en la cual cada uno encuentra lo que necesita, sea filósofo, artista, literato, devoto ó sensual. La afabilidad exterior de los franceses es de tal naturaleza, que puede convenir á las personas de cualquier clase que se quieran encontrar bien con ellos; y á pesar de que su afabilidad es fingida, no deja de agrandar; las mujeres son un conjunto artificioso, pero gustan; los libritos que se dan á luz diariamente no contienen mas que frivolidades y anécdotas sosas, pero entretienen; las artes liberales se hallan en un estado muy lastimoso, pero en ningún país los artistas están mas ricos, y á pesar de la indigencia que abruma al Estado, en ninguna otra parte se encuentra un lujo tan triunfante.”